

**Mariano de Paco, Adolfo Marsillach: Escenificar a los clásicos (1986-1994), Madrid, Asociación de Directores de Escena de España, 2018, 447 pp.**

Leyendo la solapa interna de este libro, en la cual se da cuenta, con brevedad, del currículum del autor del mismo, uno queda bien informado de que Mariano de Paco Serrano (Murcia, 1972), no solo se vincula estrechamente al ámbito teatral, sino que en él se liga sobremanera con la tarea de la dirección escénica. Es esa la parcela del mundo del teatro que más le ha podido interesar, como lo acreditan las sucesivas y múltiples actividades de esa índole que ha llevado a cabo desde hace no pocos lustros, habiendo recibido galardones por varias de ellas. No extraña, por consiguiente, que se nos muestre en esta monografía muy interesado en profundizar en el oficio de dirección que tanto le apasiona, y una de las mejores maneras de adentrarse todavía más en él ha sido dedicarse con tenacidad al estudio de cómo desempeñó su menester de dirección un gran director como lo fue Marsillach, uno de los directores que más y mejor podía proporcionarle ideas y prácticas escenográficas de las que seguir aprendiendo, y así contribuir a su propio crecimiento personal en la dirección.

Entiendo que esa convicción pudo ser una de las razones y acicates primordiales para que Mariano de Paco Serrano eligiese como tema de su tesis doctoral, de la que procede este libro, cómo planeaba e iba desarrollando el director catalán sus tan interesantes y exitosas plasmaciones teatrales, escenificando a los clásicos entre dos décadas, en concreto entre los años que median entre 1986 y 1994, cuando estuvo al frente de la Compañía Nacional de Teatro Clásico.

Este libro va encabezado con un prólogo que lleva el título de “Marsillach en el microscopio”. Se da la circunstancia de que éste podría haber sido uno de los postreros textos salidos de la pluma de quien lo firmó, el dramaturgo y director escénico zaragozano Juan Antonio Hormigón, fallecido a mediados de abril de 2019, es decir unos pocos meses después de que se publicase el libro de Mariano de Paco Serrano. Fue el propio prologuista quien avaló esta obra a la que antepuso un preliminar, el cual acaso se ha convertido en las últimas páginas suyas en haber visto la luz antes de su muerte..

En su texto, amén de referirse Hormigón al *background* doméstico de Mariano de Paco Serrano, muy vinculado al mundo teatral, y que fue determinante tal vez para que se abocase al ámbito de las candilejas, puso énfasis en las diversas puestas en escena que realizó el barcelonés, precedidas de “una diégesis de la trayectoria de Adolfo Marsillach, una especie de biografía escénica apoyada en declaraciones del propio director de escena.” (p. 10) También subrayó el prologuista la solvencia metodológica y científica de la que se ha valido Mariano de Paco Serrano, que ha trabajado con los cuadernos de dirección de Marsillach, que se conservan en el Museo Nacional del Teatro, así como con las grabaciones de las obras que dirigió, albergadas en el Centro de Documentación Teatral.

En atención a la impronta que en él pudieron dejar sus progenitores en materia teatral, este libro lo dedica su autor “A mis padres”. Con precedencia al estudio analítico de las escenificaciones, Mariano de Paco Serrano traza un amplio perfil de Adolfo Marsillach. Lo ha basado sobre todo en escritos autobiográficos y en entrevistas. De esas fuentes ha extraído pasajes muy elocuentes, como por ejemplo el que copio: “Siempre me ha encantado nadar contra corriente y he sentido una irremediable debilidad por los perdedores (...) además, por mucho o poco que intente disimularlo, es evidente que soy un ganador.” (21). Son estas unas palabras relativas a su personalidad. Otras tienen que ver con su enfoque de la escenificación de los clásicos, como cuando afirmaba que su propósito fue siempre “huir de toda arqueología o historicismo posible; de aquel ‘color local’ que puede distraer de lo esencial.” (57) Una contundente declaración suya es la de que “el teatro es una provocación -inteligente- o no es casi nada.” (72).

Mariano de Paco Serrano ha dilucidado varias de las características singularizadoras más descollantes de Adolfo Marsillach. Las voy a ir desgranando a continuación: su vertiente multifacética, conjugada con su gran capacidad de trabajo; su actitud fuertemente irónica, unida a su afán anticanónico y rompedor; su acercamiento al teatro clásico desde una perspectiva innovadora; su impulso creativo en la dirección escénica; su impronta y ascendiente posterior en la tarea de plantearse la escenificación de los clásicos, y la peculiaridad de los repertorios seleccionados. A estos valores cabe añadir aún el de su “visión moderna de la gestión pública de las artes escénicas del teatro representado en general y del teatro clásico en particular.” (36)

Todas las piezas representadas por Marsillach en el período acotado en el estudio son clásicos por antonomasia, incluyendo en esta denominación a una obra que puede considerarse no siglodorista, *La Celestina*. De Cervantes llevó a escena una creación dramática. De Calderón y Lope de Vega, dos. En cambio, fueron tres los textos de Tirso de Molina llevados a las tablas, mostrando especial predilección por este escritor áureo. El estudio de las escenificaciones comienza y termina con las efectuadas, en 1986 y en 1994, de *El médico de su honra* calderoniano, texto en el que Marsillach vio una actualidad obvia, a tenor de tantos crímenes de género como suceden en estas últimas décadas.

El segundo trabajo escénico de Adolfo Marsillach fue, asimismo en 1986, el de *Los locos de Valencia*, una pieza de enredo amoroso de las calificadas como de capa y espada. En este montaje ya se iba vislumbrando, entiende Mariano de Paco Serrano, la visión que Marsillach tuvo sobre la forma de decir el verso en los clásicos, forma que debía evitar enfáticos engolamientos a fin de que el discurso salido de labios del personaje diese la sensación de sinceridad, haciéndose así más creíble al espectador.

En 1987 montó Marsillach la pieza de Tirso *Antes que todo es mi dama*, en la cual se situó la representación en un plató cinematográfico, implementando el director, convertido en ese caso también en una suerte de co-autor, unos textos propios insertados, a modo de sub-trama, en el texto tirsiano. Luego, en 1988, puso en escena *La Celestina*, obra que fue “modernizada” mediante la fórmula de eliminar la moralización que

emparejaba el monólogo de Pleberio ante el cadáver de su hija. Otro cambio notable en el texto de Rojas fue que la muerte de Calisto no se produce a consecuencia del azar, sino que ocurre a manos de Centurio, empujado al crimen por el móvil de venganza de Elicia y Areúsa. Data igualmente de aquel año la escenificación de *El burlador de Sevilla y convidado de piedra* tirsianos. Esta pieza fue planteada en clave romántica. Se encomendó su interpretación a actores argentinos, osadía ésta que irritaría a no escasos críticos, al no captar la concreta superación del colorismo pretendida por el escenógrafo.

De 1989 es el montaje de otra pieza de Tirso de Molina, *El vergonzoso en palacio*. Con este trabajo cerraba Marsillach su primera etapa al frente de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. El principal reto asumido al preparar esta obra para la escena fue de carácter estético, concibiéndola como un gran espectáculo. La etapa segunda se iniciaría con la puesta en escena de *La gran sultana*, de Miguel de Cervantes, pieza cuya modernidad estriba, según Marsillach, en constituir una suerte de proclama en pro de la tolerancia en “un mundo en que brota la xenofobia y el racismo...” (243).

La siguiente apuesta escénica fue la de *Fuenteovejuna*, en 1993. La obra de Lope de Vega versa, como sabemos, sobre la problemática del tiranicidio. El año siguiente volvió Marsillach a escenificar a Tirso dirigiendo *Don Gil de las calzas verdes*. Este montaje supuso una suerte de “alegato feminista” (323) De ese texto dijo ese gran hombre de teatro barcelonés que con él “trató de homenajear la eterna tradición de la tramoya escénica.” (324). La última representación de la que se encargó fue, como adelantábamos, la de *El médico de su honra* de 1994.

Al cabo de su estudio, Mariano de Paco Serrano establece como conclusión derivada del mismo que Adolfo Marsillach contribuyó decisivamente en la recuperación del interés del público hacia los clásicos, además de reivindicar el rol de dirección como una tarea creativa que no es excusa para que no se confeccione un plan minucioso y bien trazado a la hora de llevar un texto a las tablas. Otros aportes han sido una concepción lúdica del teatro puesta al servicio de conjurar el aburrimiento en los espectadores, y una nueva manera de verbalizar el verso, promoviendo un recitado rítmico y musical que tenga visos de naturalidad, y por tanto se aleje de enfatismos y tonos declamatorios. Finalmente, el autor de esta excelente, bien documentada y útil monografía recuerda que Adolfo Marsillach siempre encargó a descatados escritores la versión de cada pieza clásica que había de ser representada. Esta labor la encomendaría, entre otros, a José Manuel Caballero Bonald, Francisco Ayala, Carmen Martín Gaité y Carlos Bousoño.

**José María Balcells**